

## ***Intelectuales y vida pública en Hispanoamérica. Siglos XIX y XX***

**Juan Guillermo Gómez García. Editorial Universidad de Medellín. Medellín, 2011**

Recibido: 14 de marzo de 2012. Aprobado: 10 de octubre de 2012

En abril de 2011, el sello Editorial Universidad de Medellín publicó un libro que en nuestro medio resulta ser algo excepcional. La excepción se indica, por un lado, con el título del libro: *Intelectuales y vida pública en Hispanoamérica. Siglos XIX y XX*; es decir, es una peculiaridad la orientación hispanoamericana del texto, pues ha sido una temática soslayada por las editoriales colombianas, incluidas, en muchos casos, las editoriales universitarias que deberían tener una corresponsabilidad con la producción intelectual de las facultades de humanidades donde la cultura hispanoamericana debería ser una prioridad investigativa.

Por otro lado, la peculiaridad es su índice; el lector, con solo ver el contenido del libro, puede quedar impresionado por la erudición que refleja el autor, el profesor Juan Guillermo Gómez García (Universidad de Antioquia), ya que los temas tratados son un abanico de posibilidades. Geográficamente, se despliegan desde México hasta la Patagonia. Los autores estudiados van desde los mexicanos fray Servando Teresa de Mier (1763-1827) y Lucas Alamán (1792-1953) hasta los argentinos Domingo Faustino Sarmiento (1811-188) y Juan María Gutiérrez (1809-1878), pasando por peruanos como Juan Pablo Vizcardo (1748-1798), Manuel González Prada (1844-1918) y venezolanos como Andrés Bello (1781-1865) y Simón Bolívar (1783-1830), sin dejar de lado a colombianos como Tomás Carrasquilla (1858-1940) y Rafael Gutiérrez Girardot (1928-2005). El texto aborda la obra y legado de estos autores teniendo en cuenta aspectos como el papel de los intelectuales y la opinión pública generada a partir de su escritura, la imagen de España y su importancia en la construcción de la identidad hispanoamericana, la idea de la nacionalidad y la independencia de las nuevas naciones, las imágenes regional, nacional o continental en la literatura y, por supuesto, el anarquismo hispanoamericano.

El interés del autor es la tradición intelectual que ha definido o definió no solo la independencia política del continente americano, sino también su independencia literaria y la autonomía intelectual. Los temas que abarca el libro son sociológicos y literarios o, más bien, están enmarcados dentro de

esa rama del conocimiento definida como sociología de la literatura (en su debida correlación con la historia), donde la literatura hispanoamericana es comprendida en sentido amplio, esto es, que se incluye, además de los géneros novela, cuento o poesía, el ensayo político e histórico. De este modo, la lógica del libro de Gómez García descansa en la relación entre literatura y sociedad, intelectuales y nación, y la recepción de la literatura. Son correspondencias que en el nuevo continente tuvieron mucha importancia, pues, como señala el autor, las letras fueron un elemento importante en la construcción de la historia, las ideas y las naciones del continente. La recepción de la literatura en Hispanoamérica, por ejemplo, significó el nacimiento de la opinión pública en los grupos sociales alfabetizados. En este sentido, y para mantener la lógica del libro, el autor fundamenta su trabajo en la teoría sociológica de Max Weber, Saint-Simon, Karl Marx y Robert K. Merton, autores que cimientan teóricamente la discusión. Pero más específicamente, están las obras que han sentado los bases conceptuales de lo que se conoce como sociología de los intelectuales; ejemplo de ello son: *Ensayos de sociología de la cultura* de Karl Mannheim, *La traición de los intelectuales* de Julien Benda, *Historia y conciencia de clases* de Georg Lukács, *Literatura y revolución* de León Trotsky y *Los intelectuales y la organización de la cultura* de Antonio Gramsci. Por el lado hispanoamericano, la reflexión de Gómez García tiene sus referentes en pensadores como Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, José Luis Romero y Rafael Gutiérrez Girardot, entre otros, que en el mundo académico reflexionan sobre el oficio del hombre de letras y su importancia en la vida social.

A falta de una imagen positiva de Hispanoamérica por parte de los europeos en los tres últimos siglos, o más bien, contradiciendo la idea de América como tierra de barbarie e incivilización, que sostuvieron en el siglo XVIII ilustrados como De Paw o Buffon, en este libro se sigue la idea de América no como lugar exótico o dependiente absoluto, culturalmente hablando, de las naciones europeas, sino como un continente que, a pesar de las adversidades (políticas, religiosas y culturales), ha construido su historia y ha generado ideas y pensadores como un tributo a la más “alta cultura” de la humanidad. El objetivo del libro es reconstruir la tradición intelectual que ha proyectado las nacionalidades en este continente. Tradición intelectual que se remonta al siglo XVI con el padre Bartolomé de Las Casas, baluarte de la cultura universal, y que además es tema de discusión en el siglo XIX (como queda planteado en el libro), en tanto que la obra del defensor de los indígenas durante la época de la conquista fue punto de referencia de la intelectua-

lidad decimonónica y “desde la *Carta dirigida a los españoles americanos*, de Viscardo, en 1792 hasta la *Carta de Jamaica, de Bolívar*, en 1815, Las Casas emerge en un sinnúmero de documentos independistas” (66).

En *Intelectuales y vida pública en Hispanoamérica* hay un trasfondo que tiene como premisa fundamental la idea que Rafael Gutiérrez Girardot plantea en *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana* (1989), donde sostiene que la literatura es “la más perceptible expresión de la complejidad histórica de un pueblo, la que le da conciencia de lo que es, como ha llegado a ser, y lo que quiere llegar a ser” (97). Cada autor u obra analizada en el libro muestra estas expresiones de la literatura o las tres al mismo tiempo, dependiendo del carácter o especialidad de cada uno de ellos. El aspecto sociológico de un autor como Domingo Faustino Sarmiento señala lo que ha sido el mal de la república Argentina. En *Facundo. Civilización y barbarie* (1845), Sarmiento describe la vida de Facundo Quiroga como símbolo de la barbarie argentina, llevada a su máxima expresión bajo el mandato presidencial del caudillo Juan Manuel Rosas. Este ejerció la política del más fuerte. La “ley del desierto” permitió su instauración en el poder, pues comandó tropas crueles y sangrientas que legitimaron su ascenso político y autoritario. La religión católica y un pasado español contrarreformista e intolerante justificaron la situación. Pero Sarmiento también muestra lo que puede llegar a ser la nación argentina guiada por las ideas ilustradas europeas; por un Condorcet, Guizot o Tocqueville. El objetivo es superar la barbarie recurrente y alcanzar la modernidad política, consolidar la vida urbana e industrial y superar la vida rural. El profesor Gómez García enfatiza en los medios utilizados por Sarmiento para alcanzar la Argentina soñada: por un lado está la prensa, instrumento político utilizado por el mismo autor del *Facundo* —esto durante su exilio en Chile, donde trabajó en el periódico *El Progreso* bajo el amparo de la libertad de imprenta— para expresar la vida pública y, por supuesto, acentuar su ataque a la ferocidad de Rosas. Así pues, lo que quiere llegar a ser el pueblo argentino, según la literatura sarmentiana, está presente en su objetivo ilustrado de crear bibliotecas y escuelas populares para la nación.

Frente al mexicano José Fernández de Lizardi, autor de *El Periquillo Sarmiento* (1816), obra que tiene el privilegio de ser la primera novela hispanoamericana, el libro del profesor Gómez García acentúa la discusión en torno a lo que él considera que es el interés del autor mexicano, esto es, hacer una crítica profunda a la moral y a las costumbres de la sociedad mexicana. Es con la sátira picaresca, llevada a su máxima expresión —no solo en artículos publicados en *El Pensador Mexicano*, periódico dirigido

por Lizardi, sino también en su novela— con la cual se pone de presente la intención de Lizardi, esto es, poner en consideración de los lectores la compleja historia del pueblo mexicano, especialmente “la moralidad pública” devastada, que había prevalecido en dicha nación desde la sociedad colonial hasta los tiempos de la independencia. La forma de superar la decadencia de las instituciones públicas (burladas a lo largo de *El Periquillo Sarniento*) tenía en Fernández de Lizardi cuño ilustrado. Según Gómez García, era la comunidad de lectores en quien tendría puestas las esperanzas Lizardi. “Sin público no hay opinión pública —dice Gómez García— y para que esta se ponga a la altura de juez de los asuntos públicos precisa un nivel de cultura del que formalmente carecía. Fernández de Lizardi presiona o aspira a crear ese público” (122).

Lo que quieren llegar a ser las naciones hispanoamericanas es suscitado, según Gómez García, por tres escritos que considerada “fundacionales” de las naciones e independencia hispanoamericana. Nos referimos a la “Carta dirigida a los españoles americanos” del peruano Pablo Viscardo y Guzmán, la “Carta de un americano al español” de Fray Servando Teresa de Mier y, por supuesto, la “Carta de Jamaica”, de Simón Bolívar. Textos fundacionales porque en ellos se menciona por primera vez en la historia del continente la idea de la independencia e identidad de América. Estos escritores establecen, principalmente, la diferencia entre los criollos (hijos de españoles nacidos en América) y los españoles, es decir, se insinúa una identidad hispanoamericana frente a la Madre Patria. Diferencia expresada en el privilegio burocrático que la corona concedía a los españoles de nacimiento en la administración de las colonias durante el siglo XVIII.

En esta misma perspectiva, el libro estudia las obras de autores como Andrés Bello —funcionario español que no deseaba la ruptura con la península al estilo Viscardo o Teresa de Mier, sino más bien “la reconciliación sobre bases políticas equitativas con España para dar paso a la inevitable libertad de comercio” (32)— y Juan García de Río, cartagenero y periodista de América, quienes desde la distancia, en Inglaterra, dotaron a las nuevas repúblicas de un espacio público. En Inglaterra trabajaron en la *Biblioteca Americana* y el *Repertorio Americano*, periódicos ilustrados orientados a divulgar la identidad hispanoamericana en todos los ámbitos: científicos, políticos, literarios, entre otros. El profesor Gómez García define esta labor de la siguiente manera: “Son estas colecciones de trabajos un momento de autoconciencia de la intelectualidad americana, en el instante en que las repúblicas que se sacudían los lazos peninsulares reclamaban una guía pública para sus debates políticos” (98).

La complejidad histórica del pueblo hispanoamericano es representada por la conciencia que tiene el anarquista Manuel González Prada de lo que ha sido el pueblo peruano: el sistema de castas heredado de la colonia, el espíritu clerical y religioso y la tradición política del caudillismo. Todos estos problemas le pertenecen, de forma similar, a toda la América hispánica por ese pasado común que identifica a las naciones del continente y del que no han podido librarse. Gómez García muestra a González Prada como el anarquista que hace un ataque frontal contra la conciencia nacional, es la representación de un “yo acuso” o manifiesto intelectual frente la ruina social, cultural, moral y económica de una nación. González Prada atacaba todo lo que formaba el carácter nacional negativamente.

Hay un tema que sobresale porque los tópicos que se acaban de mencionar tienen como telón de fondo no a la literatura en sentido estricto, sino a la historia. Es en esta orientación histórica del libro como se analiza, principalmente, la problemática del autoritarismo de los caudillos del siglo XIX. No se parte de una perspectiva ensayística (literaria) como la de Domingo Faustino Sarmiento, sino de la perspectiva histórica de historiadores conservadores de finales del siglo XIX y principios del XX, que pusieron en entredicho la concepción liberal del Estado en Hispanoamérica. Aquí se destacan el argentino Vicente Quesada, el venezolano Vallenilla Lanz y el chileno Edwards Vives, entre otros, que rescataron los regímenes autoritarios decimonónicos como un fenómeno necesario a las identidades nacionales o como expresión de la cultura popular. De acuerdo con el libro, Vicente Quesada identifica en el caudillo Juan Manuel Rosas la persona que sintetizó la historia de Argentina desde la colonia hasta la independencia y que supo interpretar las necesidades del pueblo en su naturaleza interna, lo que tuvo como consecuencia un gobierno que produjo “la unidad nacional”. Por su parte, Vallenilla Lanz considera que José Antonio Páez “conjugó los elementos indispensables para erigirse sin discusión en el hombre que requería Venezuela para salir del caos y enrumbar la constitución de la nacionalidad” (172). Diego Portales, líder político de Chile durante 1830 a 1837 es, para el historiador Edwards Vives, el hombre que descifra la necesidad de un autoritarismo centralista y quien puso límite al anarquismo caudillista. Portales erigió un modelo de poder monárquico que influencia gran parte de la historia del siglo XIX chileno.

*Intelectuales y vida pública* es un llamado a estudiantes universitarios, académicos y profesores en general a rescatar una tradición intelectual que en muchos casos ha sido eludida en las instituciones de educación superior del país. Mientras que en las universidades norteamericanas y europeas hay

centros de estudios, especializaciones y doctorados en temas latinoamericanos, en Colombia y sus universidades los centros de investigación con esta orientación son muy escasos. Hispanoamérica como objeto de estudio no existe en las debidas dimensiones. Si hay cátedras de literatura, historia o sociología latinoamericana en las facultades de ciencias sociales y humanas, se dan como un simple requisito y no como áreas de especialización de los centros educativos. A pesar de estas falencias institucionales, el libro representa el deseo de superar ese vacío de tradición institucional; es la representación del esfuerzo, sacrificio y lucha contra las modas intelectuales; es producto de un interés intelectual de larga trayectoria. Como asegura Gómez García en el prólogo, el libro ha sido el resultado de una preocupación que por más de trece años de trabajo ha llamado su atención. Esta obra ensayística es el resultado de conferencias, artículos en revistas especializadas y cursos universitarios. El reproche que puede suscitar el índice, esto es, el de ser un libro heterogéneo por el abanico temático que puede parecer para un lector desprevenido, queda superado con una lectura seria que debe conseguir como consecuencia lógica la coherencia interna del libro. El profesor Gómez García no es neófito en el tema: ha dirigido académicamente la colección Clásicos del Pensamiento Hispanoamericanos de la Editorial Universidad de Antioquia, donde se han publicado títulos como *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* y *Situaciones e ideología en América latina*, ambos de José Luis Romero; *Historia de las ideas en América española y otros ensayos* de Mario Góngora, y *Crítica literaria y utopía en América latina* de Ángel Rama. Además, ha sido el compilador y prologuista de *El descontento y la promesa. Antología del ensayo hispanoamericano del siglo XIX*; así mismo es autor de *Crítica e historiografía literaria en Juan María Gutiérrez*, producto de su doctorado en la Universidad de Bielefeld en Alemania. Sobre este último autor hay un ensayo en el libro, y Gómez García editó y prologó otro para la Biblioteca Ayacucho en el 2006, con el título *De la poesía y elocuencia de las tribus en América y otros textos de Juan María Gutiérrez*. Por supuesto, todo este trabajo se ve reflejado en la seriedad del libro.

Diego Alejandro Zuluaga Quintero  
Universidad de Antioquia